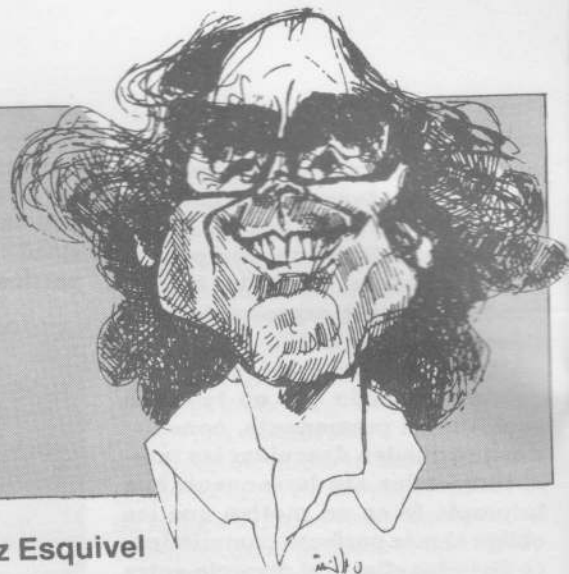


Mons. Angelelli en los veinte años de Medellín



por
Adolfo Pérez Esquivel

Una vez más, el "Tinkunaco" del 4 de agosto, nos convoca a recordar al Pastor Enrique Angelelli que con su compromiso y testimonio proclamó la Buena Nueva desde suelo riojano. Esta vez, el aniversario de su martirio ha coincidido con los veinte años de la reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana en Medellín.

Esta coincidencia nos hace reflexionar sobre algunos aspectos del testimonio de quien fuera llamado por Dom Pedro Casadálaga, el Mártir Prohibido ("...mientras la Iglesia echaba sus cerrojos prudentes/negándose a la Muerte y a la Resurrección...")

En primer lugar, Angelelli fue uno de los pastores que recibió el legado del Concilio Vaticano II, como una experiencia de Dios, como un llamamiento profundamente cuestionador no sólo para la Iglesia Universal, sino en particular para la Iglesia Latinoamericana. Es que el Concilio había definido que la Iglesia debía estar al servicio del mundo, en el caso particular de América Latina el mundo tenía rostros muy concretos; los más pobres y oprimidos. De esa misma conciencia surgió aquella "Respuesta al clamor de los pobres" entre cuyos inspiradores Dom Helder Cámara, el obispo de Recife comenzaba a ser conocido como el obispo de los pobres. Al final del concilio el mismo Paulo VI había invitado a los episcopados latinoamericanos a preocuparse y

alzar por los problemas del subdesarrollo. Es que el Papa ya estaba preparando la encíclica "Populorum Progressio" que fue interpretado como una carta dirigida a las iglesias de América Latina.

En segundo lugar, Angelelli es la expresión del nuevo espíritu surgido, quizás más claramente, en los documentos elaborados por los obispos reunidos en Medellín, que, para los cristianos del continente, fue una lectura desde la Iglesia latinoamericana del espíritu del Concilio Vaticano II.

El Evangelio de los pobres y oprimidos se convirtió en la preocupación principal de los pastores, quienes lo hicieron manifiesto en la Opción Preferencial por los más pobres, reafirmada más tarde en la Asamblea de Puebla. Este mismo espíritu impulsó una nueva mística de compromiso con los pobres de modo que los propios pastores (sacerdotes y laicos) comenzaron a renunciar a sus situaciones de privilegio asumiendo formas más concretas de compromiso. Por eso mismo, pensamos que Medellín fue una interpretación de los "signos de los tiempos". Los obispos denunciaron un continente oprimido y una "Violencia institucionalizada". Pero también asumieron el compromiso de buscar la liberación de los pobres mediante una educación liberadora. De esta manera los pobres se ha-

cen presentes en la Iglesia a través de las comunidades eclesiales de base (CEBs). Estas enseñanzas fueron las que dieron la base al documento de San Miguel de 1970, donde los obispos argentinos retoman los ejes de Medellín.

Sin embargo la fidelidad a este compromiso evangélico con los pobres exigió de quienes lo hicieron carne en su prédica y en su vida un sacrificio alto. El mismo Angelelli decía "Si la Iglesia quiere ser fiel al Evangelio, al Concilio Vaticano II, a Medellín y San Miguel, hay que jugarse hasta las últimas consecuencias. Y Cristo nos da el ejemplo. No creo que el camino de él haya sido un camino de rosas. A él lo mataron en nombre del orden establecido y de una tradición mal entendida".

Mons. Angelelli no sólo hizo una elección declamada del espíritu de Medellín (los lemas su escudo episcopal "Justicia y Paz" fueron los ejes más importantes de la Conferencia), sino que como pastor fue sembrando; con ese profundo amor a Dios y a su Pueblo, las semillas que darán como fruto un nuevo rostro de la Iglesia, que surge con nuevas fuerzas, entre el dolor y la vida en el horizonte de América Latina.

Recordar a Monseñor Enrique Angelelli es también traer al presente el espíritu de Medellín.

Adolfo Pérez Esquivel